

PARTICULARIDADES DEL MARCO HISTORICO EN
"EL DONCEL DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE"

El primer análisis que se suele abordar al enfrentarse a una novela histórica, es el del marco elegido para desarrollar la trama. Se busca la mayor o menor exactitud de la reconstrucción arqueológica, se investiga en la historicidad de los hechos o se insiste en la psicología del héroe, más propia generalmente de la época en que fue escrita, que de la resucitada en la novela.

*El doncel de don Enrique el Doliente*¹ no ha sido una excepción. Mucho se han criticado los errores arqueológicos de Larra y aún más sus anacronismos, enfrentando, por ejemplo, a dos figuras como Macías y Villena, a los que en la realidad distanciaron unas cuantas décadas.

Lo que no se ha mencionado es el carácter peculiar del marco histórico de esta novela. No se trata aquí de narrar, tomando la perspectiva de unos personajes ficticios, este o aquel acontecimiento de la historia, el auge o la decadencia de este o aquel reinado o los valores de una raza ya extinguida. Una anécdota insignificante constituye la base histórica de toda la novela: la pretensión de Enrique de Villena al maestrazgo de Calatrava. Informaciones, como el nacimiento de Juan II o la coronación en Avignon del papa Luna, no pasan de simples pinceladas en favor de la veracidad histórica. Si excluimos al rey Enrique III el Doliente, los personajes rescatados de la historia, Macías, Villena, Ferrus, no son figuras políticas, sino literarias. Esto por lo que se refiere a los protagonistas. Pero hay otros: por palacio se pasea don Pero López de Ayala, hablando de su *Rimado*: aquí y allá aparecen los nombres de Villasandino, Rodríguez del Padrón, Micer Francisco Imperial, Santillana, etc. Esta vez, el héroe no es producto de ficción; no es ese "héroe medio", como Lukács² define al protagonista scottiano, que se encuentra también en algunas novelas españolas; no es tampoco el noble o el guerrero que cambia el destino de su país en una campaña bélica ... ¡ Es un poeta! Y poeta es también su principal antagonista: Villena. Nos encontramos, pues, en lo que yo llamaría un marco literario, en lugar de un marco histórico.

Pero hay más. Las figuras literarias no se limitan a aparecer explícitamente. A veces, se ocultan detrás de ciertos personajes. Voy a explicar esto: Al final de la novela encontramos a dos actores³ que, a mi juicio, ejercen funciones muy importantes dentro del texto. Se trata de Hernán Pérez de Va-dillo - el marido de Elvira - y don Luis de Guzmán, el rival de Villena en la pretensión del maestrazgo. Al lector no deja de sorprenderle el hecho de encontrarlos unidos. Vadillo era el escudero del contrincante de Guzmán. Tuvieron además ocasión de combatir el uno contra el otro en el "juicio de Dios", venciendo el escudero. Ahora don Luis es por fin maestro de Calatrava y ha tomado a su servicio al que una vez le venciera.

Su función final es la de observadores: contemplan a una mujer, con cuya demencia se divierten los chiquillos del pueblo. El lector, aunque no se menciona, adivina en seguida que se trata de Elvira. Pero ellos no la reconocen "Será acaso alguna madre que haya perdido a su hija."⁴ dice Vadillo. Y siguen su camino. Se trata, como se ve, de una falsa interpretación y vale la pena retener esto, cuyas consecuencias veremos más adelante.

Ahora nos interesa prestar atención a los nombres de estos dos actores: Hernán Pérez de Vadillo y Luis de Guzmán. Suprimiendo el segundo apellido del uno y el nombre del otro nos da Hernán Pérez de Guzmán. Es éste un historiador que vivió entre 1378 y 1460 aproximadamente, al que debemos un curioso tratado, titulado *Generaciones y semblanzas*⁵, que compuso hacia 1450. La crítica ha mencionado varias fuentes para *El doncel*⁶, sin que se haya tenido en cuenta la obra de Pérez de Guzmán. Yo voy a atreverme a incluirla entre ellas, basándome en los argumentos que expondré a continuación.

Para ello, tengo que comenzar por recordar una de las fuentes ya señaladas: *Nobleza del Andalucía*, de Argote de Molina, publicada en Sevilla en 1588. En ella aparecen frecuentes alusiones a Pérez de Guzmán como autoridad histórica, llegándose a reproducir citas bastante extensas. Los mismos títulos de los capítulos hacen referencia a nuestro historiador, como el del capítulo 209, que reza: "Mverte de don Rvy Lopez de Davalos Condestable de Castilla, y lo que del escribe Hernan Perez de Guzmán."⁷

Menciona Argote en este capítulo y en otros dedicados a este personaje el gran poder de que gozaba el Condestable, sus múltiples hechos de armas y los errores que originaron la pérdida del favor real. Lo que no encontramos son alusiones a peculiaridad alguna de su carácter. Pérez de Guzmán nos dice, sin embargo, que "plaziale mucho oír a estrologos"⁸. En el capítulo XVI de la novela de Larra, el judío Abenzarsal se aparta con el rey para leer en las estrellas la muerte del papa y del maestre de Calatrava. Sólo les acompaña López Dávalos que "era no poco afecto a supersticiones y hechicerías".⁹ Parece poco probable que Larra encontrara este dato en una crónica o en cualquier tratado de historia a la manera tradicional. Lo que diferencia la obra de Pérez de Guzmán de otras de su género es que se ocupa más del retrato humano que de los hechos históricos.

Otro detalle que me ha llamado la atención es que todos los caballeros que rodean al Rey en su primera aparición (capítulo XI)¹⁰ son objeto del estudio de nuestro historiador. Como recordarán, precede a la presentación del monarca una larga lista de nombres y cargos, cuya enumeración voy a ahorrármelos. Me limitaré a señalar que cada uno de ellos protagoniza un capítulo de *Generaciones y semblanzas* y que el cargo que ocupan en la corte -único dato que nos da Larra - encabeza dichos capítulos. Incluso los tres primeros aparecen en el mismo orden en ambos autores. Esta coincidencia me parece harto significativa.

He mencionado hasta ahora personajes muy secundarios en la novela que tratamos. Pero también figuras relevantes parecen inspiradas en los retratos de Pérez de Guzmán. Voy a ocuparme de dos en particular: el Rey y don Enrique de Villena.

Del Rey Doliente tenemos noticia - su mismo sobrenombre lo indica de sus muchas enfermedades y de su debilidad física. Pero nada dicen las crónicas de sus dotes comunicativas. Guzmán lo acusa de "muy áspera conversación"¹¹ y es éste un rasgo que encontramos también en la novela, donde el narrador menciona su "conversación naturalmente seca y desabrida".¹²

Por lo que se refiere a Villena, leemos en *Generaciones y semblanzas* que era "pequeño de cuerpo"¹³, lo que coincide con la "corta estatura"¹⁴ del conde Iarriano. Menciona también su contemporáneo su mayor inclinación a las letras que a las armas y su interés por la astrología, lo que le valió duras críticas en la corte. Y, sobre todo, añade una información básica para nuestra novela: "era muy inclinado al amor de las mugeres".¹⁵

Creo que estos ejemplos son suficientes para plantear la hipótesis de una lectura de Guzmán por parte de Larra. No es, sin embargo, esta demostración lo que me preocupa principalmente. Conocer las fuentes de que un autor se sirve para abordar su obra es tarea básica para un investigador, ¿qué duda cabe! Pero, a mi modo de ver, lo más importante para nosotros no es el hecho de conocer la fuente, sino la búsqueda de su función dentro del discurso que analizamos.¹⁶ Se nos plantea, entonces, una pregunta: ¿cuál puede ser la función de un historiador que, habiendo servido de fuente, aparece escondido tras dos personajes en una novela calificada como histórica?

En el capítulo I de *El doncel*, el Narrador, amén de ponernos al día en los acontecimientos de la época que va a tratar, hace algunas reflexiones sobre la "verdad" y la "historia". Afirma que los hechos que va a relatar no han sido sacados de ninguna crónica o leyenda antigua y añade que "historias verdaderas de varones doctos andan por esos mundos impresas y acreditadas, de cuyo contenido no nos atreveríamos a sacar tantas líneas de verdad, o por lo menos de verosimilitud, como las que encontrará quien lea en nuestras páginas, tan fidedignas como útiles y agradables".¹⁷ Esta acusación contra ciertos libros de historia constituye precisamente el tema principal del prólogo de *Generaciones y semblanzas*, cuyo comienzo es el siguiente: "Muchas vezes acaesce que las cronicas e estorias que fablan de los poderosos reyes e notables pringipes e grandes Çibdades, son auidas por sospechosas e inÇiertas e les es dada poca fe e abtoridat".¹⁸

La finalidad de estas afirmaciones es, sin embargo, muy distinta en las dos obras, Trata Guzmán de hacer creer la verdad histórica de su texto, tanto como Larra nos invita a dudar de la del suyo. El astuto Narrador de nuestra novela contradice una y otra vez, en capítulos posteriores, lo que ha afirmado en el primero. Son continuas sus referencias a cronistas e historiadores, insistiendo, sobre todo, cuando se trata de detalles banales, lo que hace resaltar la ironía. Un ejemplo: Ferrus pasa una noche en la venta. Por la mañana, paga su estancia y se despide del posadero. Al referir esta escena, el Narrador añade que "los historiadores hablan con toda profundidad del lance".¹⁹

Todo esto forma parte de un juego de manipulación.²⁰ Si en un mismo discurso se afirman dos máximas que se excluyen mutuamente, ambas quedan descalificadas como "verdad". Pero ¿cuál es, entonces, la "verdad" propuesta en nuestro texto? Empecemos por observar de cerca a los dos actores que juntos forman el nombre del historiador medieval. Me he ocupado extensamente de la relación entre estos dos personajes en un artículo²¹ publicado en *Entre pueblo y corona*, un estudio sobre la novela histórica del romanticismo editado por Georges Güntert y José Luis Varela, que ha aparecido recientemente. Voy a resumir aquí los puntos fundamentales de esta relación porque en ella se encuentra la base de mi hipótesis.

Recordemos que tanto Hernán Pérez de Vadillo como don Luis de Guzmán mantienen frente a sus antisujetos una posición de legalidad. A Guzmán, debido a su brillante carrera militar, a su cargo de comendador e incluso a su parentesco con el maestro muerto, le asiste todo el derecho a pretender el maestrazgo que Villena pretende injustamente. De igual modo se sitúa la razón del lado de Hernán Pérez, frente a Macías, ilegalmente enamorado de su esposa. Son, pues, figuras de la ley, de la regla, de la norma impuesta por la sociedad en la que viven. Son los representantes del "discurso social", al que el texto opone un "discurso individual", regido por otras normas. Recordemos la famosa frase reproducida en el drama "los amantes son sólo, Elvira, los esposos"²², que es un ejemplo de la ideología del otro discurso.

Pues bien, estas normas, estas leyes que integran el "discurso social" de la época en que transcurren los hechos, no han variado cuatro siglos después. Dígalo el mismo Larra en uno de sus artículos: "Por nuestra patria, efectivamente, no pasan días".²³ No son muchas las alusiones a la época contemporánea que encontramos en *El Doncel* y la mayoría están concentradas en un capítulo, el que transcurre en la venta. Me refiero, claro está, a las alusiones explícitas. Existe, sin embargo un capítulo que, implícitamente, refleja una situación muy del momento del Narrador: el capítulo XIX, en el que los caballeros de Calatrava, presididos por Guzmán, se reúnen en asamblea. Yo veo en esta reunión una caricatura de las sesiones de Cortes.

El lenguaje que emplean estos caballeros está adscrito a un código parlamentario. Términos como "oposición", "elocuencia", etc.²⁴ lo confirman. Y es también Guzmán el único personaje comparado explícitamente con la actualidad: "era don Luis un hombre positivo [...] que no hubiera hecho mal papel en el siglo XIX".²⁵

El "discurso social" contemporáneo está representado en los artículos de Larra por un "actor colectivo"²⁶, denominado "la opinión pública". Dice en uno de ellos: "Y esa opinión pública tan respetable [...] ¿será [...] la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razón en la punta de un hierro afilado?".²⁷ La primera parte de la cita nos hace pensar en Hernán Pérez, cuyo honor - lo más relevante en su escala de valores - es puesto el entredicho por el "temperamento" de su esposa, enamorada de Macías. En cuanto a la segunda, remite a la descripción de Guzmán, que se jactaba - según el Narrador - de "llevar la persuasión en la punta de su lanza".²⁸

Pero este "discurso individual" que el texto propone, no se manifiesta aparentemente en los juicios del Narrador. Sus comentarios sobre los dos personajes que nos ocupan son siempre favorables. "Generosidad" es el atributo que acompaña siempre a la figura de don Luis, mientras Hernán Pérez se caracteriza por su "probidad". Son varias las ocurrencias de estos rasgos cuando se refiere a dichos actores.²⁹

Por otra parte, son los únicos que se salvan en última instancia. Macías muere, Elvira enloquece; Villena pierde el favor real y el maestrazgo; su esposa se retira del mundo cortesano. Es decir, que todos fracasan en sus metas y se enajenan de su universo. La forma más explícita de enajenación es la de Elvira. Y es justamente el espectáculo de su locura lo que nuestros dos personajes contemplan al final. De esta contemplación ha partido mi exposición y de ella van a partir mis conclusiones.

Ya he mencionado que ninguno de los dos reconoce a Elvira en esa loca, cuyos gritos divierten a los chicos del lugar. Para ellos es eso: "la loca", un personaje casi legendario, que repite una única frase: "es tarde". Esta frase concluirá la novela, grabada con las uñas sobre la tumba de Macías por esta misma loca. Y no es ésta la primera vez que aparece escrita en la piedra. La hemos encontrado capítulos antes en la puerta del castillo de Zelindaja, la mora encantada, cuya historia constituye una "mise en aby-me"³⁰ de la novela a todos los niveles. Este relato insertado y todo el capítulo que lo enmarca - el XXXII - es, a mi modo de ver, un punto clave para la comprensión de todo el texto. No dispongo aquí del espacio suficiente para extenderme en su análisis, pero lo he traído a colación porque en cierto modo está relacionado con el tema que nos ocupa. No olvidemos que se trata de una historia dentro de una historia y que la distancia temporal que la separa de los hechos narrados es aproximada a la que separa estos mismos hechos

del presente de la narración. Este presente aparece precisamente explicitado en este capítulo que transcurre en la venta, con sus alusiones al "gobierno de justo medio" y a los "periódicos ministeriales del día"³¹. Se confrontan, pues, tres espacios temporales en un mismo capítulo.

Veamos ahora los paralelismos existentes entre Elvira y Zelindaja: tenemos, en primer lugar, una mujer enajenada por una historia de amor; tenemos la misma inscripción perpetuada en la piedra; y tenemos, por último, una falsa interpretación, un "engaño a los ojos" por parte de los que contemplan. En el caso de Zelindaja, los habitantes de Arjonilla creen ver su fantasma, cuando lo que ven en realidad es a la condesa, prisionera en el castillo. Tampoco nuestros caballeros reconocen a Elvira en la loca que contemplan. Y son, precisamente, los dos cuyos nombres componen el de un historiador que ha clamado de indignación contra los que escriben historias falsas. Según esto, la "verdad" no es sino un problema de interpretación. De ello que el Narrador insista tanto en el primer capítulo sobre la veracidad de sus páginas. Se trata, en definitiva, de establecer un "contrato de veridicidad"³² entre el texto, que yo llamo "Enunciador" y un lector o "Enunciario",³³ dispuesto a decodificar el mensaje y, sobre todo, a "creerlo". Pero a creerlo partiendo de la base de que se está jugando con la ficción. El papel de este "Enunciario" debe ser, por lo tanto, tan creativo como el del "Enunciador", si pretende llegar a la interpretación justa. Para ello, existe una instancia jerárquicamente inferior, el "Narrador", puesto en escena para tratar de confundir al lector ingenuo, esas "personas en demasía bondadosas que nos quieran prestar atención"³⁴ a las que se dirige en las primeras líneas. Este "tú" puesto en escena, al que se supone satisfecho de "nuestras extremadas instituciones"³⁵ y de la "adelantada civilización de la culta Europa",³⁶ forma parte también del "discurso social" del presente de la narración; integra esa "opinión pública" tan ironizada en los artículos. Puede decirse que desempeña a nivel de la "Enunciación" el mismo papel que a nivel de "Enunciado"³⁷ desempeñan Guzmán y Hernán Pérez.

¿Puede deducirse de esto que Larra acuse al historiador medieval que lleva este mismo nombre de haber dado una falsa interpretación de la historia? No lo creo. Más bien es la historicidad misma de la novela lo que se pone en duda. El lector que acabo de describir espera leer, no lo olvidemos, una novela histórica. Y yo pienso que el género no es más que un pretexto para traer otro tipo de reflexiones: reflexiones literarias, de las que está plagado el texto. De ahí que sus protagonistas sean literatos y no guerreros. Los guerreros son los otros: Vadillo y Guzmán, los antisujetos, la "opinión pública", que aún en el siglo XIX da más valor a las armas que a las letras.

MARIA - PAZ YAÑEZ
Universidad de Zürich

Notas

- 1) Las citas remiten a la edición de José Luis Varela, Madrid, Cátedra, 1978.
- 2) GEORG LUKACS, *La novela histórica*, traducción de J.Teuter, México, Ediciones Era, 1966, pp. 29-70.
- 3) Empleo el término "actor" en el sentido semiótico. Cfr. A. J. GREIMAS/J. COURTRES, *Semiótica*, versión española de Bailón Aguirre y Campodónico Carrión, Madrid, Gredos, 1982.
- 4) *El doncel de don Enrique el Doliente*, *op. cit.* pg. 424.
- 5) La edición citada es la de J.DOMINGUEZ BORDONA. Madrid, Espasa - Calpe, 1954.
- 6) H. NUNEMAKER y K.H. VANDERFOR citan en su edición de *Macías*, Nueva York, 1935, la glosa del Condestable de Portugal a su "Sátira de felice e infelice vida" (1453-55); una glosa de Hernán Nuñez de Toledo a una copla del *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena (1499) y *Nobleza del Andaluzia* de Argote de Molina (1588).
- 7) ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza del Andaluzia*, Nueva York, Hildesheim, 1975, pg. 316.
- 8) *Generaciones y semblanzas*, *ob. cit.* pg. 32.
- 9) *El doncel*, pg. 187.
- 10) *Ibid.*, pp. 154-55.
- 11) *Generaciones*, pg. 13.
- 12) *El doncel*, pg. 108.
- 13) *Generaciones*, pg. 101.
- 14) Entendemos por "discurso" un *todo* provisto de sentido.
- 15) *El doncel*, pg. 57.
- 16) *Generaciones*, pg. 3.
- 17) *El doncel*, pg. 358.
- 18) Vid. GREIMAS / COURTRES, *ob. cit.*
- 19) MARIA-PAZ YAÑEZ, "El doncel de don Enrique el Doliente: de la caza política a la caza literaria", en *Entre pueblo y corona. Larra, Espronceda y la novela histórica del romanticismo*, Madrid, Universidad Complutense, 1986, pp. 63-84.
- 20) *El doncel*, pg. 296. Cfr. también el drama *Macías*, en *Obras de don Mariano José de Larra*, tomo III, Madrid, Atlas, 1960, pg. 281.
- 21) "Ventajas de las cosas a medio hacer", publicado el 16 de marzo de 1834, la misma época de la producción de *El doncel*. Citado de la edición de CARLOS SECO SERRANO, Barcelona, Planeta, 1981, pg. 220.
- 22) *El doncel*, pp. 216-25.
- 23) *Ibid.*, pg. 218.
- 24) "actor colectivo": una clase de actor que reúne a más de un individuo. Cfr. GREIMAS / COURTRES, *ob. cit.*

- 27) "¿Quién es el público y dónde se le encuentra?", 17 de agosto de 1832, en Larra, *Artículos*, *ob. cit.*, pg. 22.
- 28) *El doncel*, pg. 218.
- 29) *Cfr.* pp. 170, 243, 217, 408, etc.
- 30) Vid. DÄLLENBACH, *Le récit spéculaire. Essai sur la mise en abyme*, Paris, Ed. du Seuil, 1977.
- 31) *El doncel*, pg. 338.
- 32) Vid. GREIMAS / COURTES, *ob. cit.*
- 33) *Ibid.*
- 34) *El doncel*, pg. 49.
- 35) *Ibid.*, pg. 50.
- 36) *Ibid.*, pg. 49.
- 37) "Enunciación / Enunciado": Vid. GREIMAS / COURTES, *ob. cit.*